

La evolución demográfica y sus consecuencias

PILAR MARTÍN-GUZMÁN*

Las proyecciones de la población española que elaboró el Instituto Nacional de Estadística a partir del censo de 1991 eran bastante preocupantes. Desde mediados de los años setenta, la fecundidad empezó a decrecer dramáticamente en España hasta alcanzar los niveles más bajos de toda la Unión Europea, 1,17 hijos por mujer. En este mismo periodo, la esperanza de vida de la población se había alargado en más de tres años.

* Catedrática de Economía Aplicada, U.A.M.

Las previsiones del INE, por consiguiente, apuntaban a un ligero crecimiento de la población del país, que se acercaría a la cota de los cuarenta millones en torno al año 2010, para luego ir disminuyendo paulatinamente. Lo peor de todo era que esta población se desequilibraba peligrosamente, de manera que se esperaba que en el año 2020 los mayores de 65 años llegaran a ser la quinta parte de la población total. España envejecía más rápidamente que la media de las naciones europeas, hasta el punto de que un informe sobre demografía de la ONU la colocaba para el 2050 en el primer puesto de las naciones más envejecidas.

Hay que decir que aquellas proyecciones de población se consideraron en su momento excesivamente optimistas, pues se fundaban en la hipótesis de una inversión en la tendencia de la fecundidad. A pesar de que las jóvenes españolas apostaban cada vez más por una vida profesional plena, asociada inevitablemente en la mayoría de los casos a lo que podríamos calificar como ley de bronce de los horarios laborales, los expertos del INE esperaban una subida de la natalidad parecida a la que se había venido dando en los países nórdicos, hasta acercarnos a esa envidiable cifra de 1,8 hijos por mujer que los franceses han conseguido mantener gracias, en parte, a sus políticas de apoyo a la familia.

La llegada masiva de inmigrantes ha desbordado estas previsiones. Hemos sobrepasado los cuarenta y un millones y seguimos creciendo. Además, la tasa de natalidad está subiendo: ha alcanzado ya la cifra de 1,56 hijos por mujer, la más alta desde 1993. Estas noticias vienen siempre comentadas en un tono optimista.

Pero en realidad no hay tanto fundamento para el optimismo. Esta cifra sigue siendo muy baja, la más baja de la UE. Para mantener una estructura constante de la población se requiere una tasa de 2,1 hijos por mujer, lo que se llama la tasa de reposición. Cifras más bajas que ésta pueden mantener constante el tamaño de la población durante algún tiempo si la disminución de nacimientos se compensa con el alargamiento de la vida. Pero entre tanto su estructura varía, porque disminuye la proporción de niños y aumenta la de ancianos.

Además, el aumento de la fecundidad no basta por sí solo para garantizar más nacimientos. El número de nacimientos depende de dos factores: el número medio de hijos por mujer y el número de mujeres en edad de tener hijos. Y esta última cifra se va a reducir considerablemente en los próximos años por efecto de la reciente disminución de la natalidad. Tomando, por ejemplo, como edad fértil el intervalo entre 20 y 45 años, la pirámide de población más reciente nos muestra que el número de mujeres en ese grupo de edad va a disminuir en más de un 30% durante los próximos veinte años.

Una buena parte del optimismo se funda en la idea de que las mujeres inmigrantes suelen tener una tasa de fecundidad mayor que las españolas. Esto es cierto, y podría tener importantes repercusiones en el futuro. Pero por el momento la proporción estimada de mujeres en edad fértil que proceden de la inmigración es muy pequeña, inferior a un 10% dentro de esos grupos de edad, de manera que si la fecundidad de las españolas se mantiene como está, solamente cifras por encima de nueve o diez hijos por mujer en la población

inmigrante nos garantizarían tasas de fecundidad próximas a la de reposición. Un escenario bastante improbable.

Habría que pensar también en la posibilidad de que una parte de estas familias inmigrantes que están teniendo sus hijos en España se vuelvan con ellos a sus países de origen. Aunque no es de esperar que esto ocurra con los procedentes del África Subsahariana, no sería descartable, en cambio, en los nacionales de países de la Europa del Este, que tienen a medio plazo buenas perspectivas de desarrollo. No olvidemos que muchas de las familias españolas que emigraron a otros países de Europa regresaron unos años después.

Así pues, por el momento hay que contar con que avanzamos hacia una sociedad envejecida, con todas las consecuencias que eso trae consigo.

Una de ellas es la mayor demanda de atención y cuidados médicos que esa sociedad va a requerir. Se está consiguiendo prolongar la vida, pero no se está consiguiendo frenar en la misma medida el deterioro del organismo humano. De acuerdo con una encuesta realizada por el INE, el 59% de los mayores de 65 años tiene algún tipo de discapacidad.

Y esta situación va a venir acompañada de un empobrecimiento cada vez mayor de la estructura familiar. Muchos de los niños actuales no tienen hermanos, de manera que no tendrán sobrinos, y sus hijos no tendrán primos. La red de apoyo que tradicionalmente ha constituido en España la familia, tomada en sentido amplio, desaparece. En la vecina Francia la población es ya consciente de ello, y allí se ha implantado con éxito un nuevo tipo de seguro, el llamado seguro de dependencia, que garantiza al asegurado la atención domiciliaria o externa que pueda necesitar en su vejez futura.

Está también el problema de las pensiones. A medida que la sociedad envejece aumenta al número de perceptores. Para que la situación permaneciera equilibrada sería necesario que el número de cotizantes aumentase en la misma proporción. Esto supondría crear más puestos de trabajo y encontrar trabajadores dispuestos a ocuparlos.

En España hay una reserva de trabajadores potenciales superior a la de otros países europeos. Por una parte, nuestra tasa de paro sigue siendo la más elevada de la UE, lo que significa que hay españoles dispuestos a ocupar los puestos de trabajo que puedan crearse. Además, la tasa de actividad femenina está también todavía por debajo de la media europea. Pero en la medida en que el paro se reduce y que las nuevas promociones de mujeres, con una mayor propensión a la actividad que sus madres, se van incorporando al mercado laboral, estos yacimientos se van agotando. Una vez más, habrá que confiar en una inmigración masiva.

Aún hay otra cuestión a considerar. La inmigración que estamos recibiendo ahora viene para ocupar, salvo en contadas excepciones, puestos de trabajo de bajo nivel de cualificación. Esto ocurre porque en España los grupos de población más numerosos, los niños del llamado baby-boom, que han disfrutado ya de buenas posibilidades de asistir a la Universidad e incluso de completar su formación en el extranjero, están ahora en plena edad laboral, y son suficientes para cubrir las necesidades productivas en puestos de nivel alto y

medio. Cuando estas promociones se jubilen, van a ocupar su hueco cohortes mucho menos numerosas, lo que nos llevará a necesitar además otro tipo de inmigración, más cualificada.

Así pues, la inmigración aparece, desde todos los puntos de vista, como un elemento esencial de equilibrio a medio y largo plazo.

Ahora bien, ¿vamos a poder contar con una reserva suficiente de inmigrantes? De momento, sí. En muchos países en vías de desarrollo el número medio de hijos por mujer continúa siendo muy alto, por encima de seis. Para éstas sociedades agrarias de subsistencia, que no han entrado todavía en la cultura del Estado del Bienestar, los hijos son una garantía de futuro, su Seguridad Social por decirlo así y, por tanto, un bien altamente deseable. Cuantos más, mejor.

Pero el desarrollo y la globalización van acabando poco a poco con estas formas de vida. De hecho, las últimas proyecciones de población de la ONU apuntan a que en el año 2050 tres de cada cuatro países tendrán ya una tasa de fertilidad por debajo de la de reposición. Como además se espera que la esperanza de vida aumente en todos los países, y muy especialmente en los menos desarrollados, el resultado será un envejecimiento de la población global del planeta, de manera que los menores de 14 años, que actualmente suponen el 30% de la población mundial, serán en el 2050 sólo el 20%, en tanto que los mayores de 60 años, que ahora son el 10%, pasarán a ser el 21%, es decir, a duplicarse. Así pues, si la tendencia no cambia, el envejecimiento de la población será dentro de unos años un problema mundial.